

Otros títulos de la Colección Tz'akbu Ajaw

Jtunel
El servidor
JOSÍAS LÓPEZ GÓMEZ



Vuelta del húngaro
VÍCTOR GARCÍA VÁZQUEZ



Llévate los sueños, déjame los recuerdos
CHARY GUMETA



Cuaderno de Innsbruck
GUSTAVO RUIZ PASCACIO



Siempre tendrán hambre las sombras
Premio Nacional de Cuento Corto
Eraclio Zepeda 2020
MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS



Biopsia blues surge en tanto acontecimiento y verdadero sismo poético en medio de la planitud inmóvil de la nadería lírica actual. Luis Carlos Mussó es un poeta de altísimo voltaje por la densificación de conciencia que hay en sus versos, en su trama textual, en su desafiante prosodia, una nueva invención del universo lingüístico: crítica y apasionante en tanto amplía los horizontes significativos de la poesía en lengua castellana. Es un poemario tan pleno de metamorfosis, que no de esas metáforas que solo cambian la realidad de sitio. En esta, la poética de Mussó, parece oírse la voz de otro mundo. No de la exterioridad del mundo, sino de la interioridad secreta de la tierra, del idioma invisible que repercute en la existencia de las cosas, de las causas epifánicas de la realidad y esa huidiza presencia de lo verdadero. Esto, a través de un heterodoxo abordaje de inéditas formulaciones y soberanas conquistas semánticas. En suma, una voz para no olvidar y seguir muy de cerca.

JUAN CARLOS MESTRE



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



CONSEJO
ESTATAL PARA
LAS CULTURAS Y LAS ARTES
GOBIERNO DE CHIAPAS

LUIS CARLOS MUSSÓ

BIOPSIA *blues*



Tz'akbu Ajaw



PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA
JAIME SABINES 2020



Fotografía: Amaury Martínez.

Luis Carlos Mussó

Nació en Santiago de Guayaquil, Ecuador, en 1970. Es doctor en letras por la Universidad de Alicante y se desempeña en la cátedra universitaria. Ha publicado los poemarios *El libro del sosiego*, *Propagación de la noche*, *Tiniebla de esplendor*, *Las formas del círculo* (obra que reúne los anteriores), *Minimal hysteria*, *Evohé*, *Geometría moral*, *Alzheimer*, *Cuadernos de Indiana*, *Mea Vulgatae* y *Mester de altanería*. Autor de las novelas *Oscurana* y *Teoría del manglar*, del volumen de ensayo *Épica de lo cotidiano* y de *Rostros de la mitad del mundo*, de semblanzas. Ha recibido el Premio Nacional de Poesía César Dávila Andrade, los premios Jorge Carrera Andrade y Joaquín Gallegos Lara, los concursos nacionales de literatura Ángel Felicísimo Rojas y Miguel Riofrío, entre otros reconocimientos. Su obra ha sido traducida parcialmente a siete lenguas.

Biopsia *blues*

Tz'akbu Ajaw



PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA
JAIME SABINES 2020

Mussó Mujica, Luis Carlos, 1970-

Biopsia blues / Luis Carlos Mussó Mujica. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México : CONECULTA, Dirección de Publicaciones, 2021.

118 p. : 21 cm. — (Colección Tz'akbu Ajaw. Serie Premios : 24)

Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2020.

ISBN: 978-607-8771-30-1

1. Poesía — Colecciones. 2. Escritor ecuatoriano. 3. Tabla periódica en la literatura. I. T. II. Ser.

861.08E

Dirección de la Red de Bibliotecas

LUIS CARLOS MUSSÓ

Biopsia *blues*

© Luis Carlos Mussó

D. R. © 2021

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, *boulevard Ángel Albino Corzo* 2151, fracc. San Roque, C. P. 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8771-30-1

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



CONSEJO
ESTATAL PARA
LAS CULTURAS Y LAS ARTES
GOBIERNO DE CHIAPAS

Edición realizada con el Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC)
2021 de la Secretaría de Cultura

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido
el uso para fines distintos a los establecidos en el programa

| 2021 |

*Para el Massai, mi viejo,
quien nunca encontró lugar en la palabra ni en el silencio*

Una oscura caverna es nuestro silencio,
de ella asoma a ratos un tierno animal

GEORG TRAKL, *Gedichte*

Ya nadie me llevará al sur
SALVATORE QUASIMODO, *La vida no es sueño*

Escupo tu nombre en el agua
SARA VANÉGAS, *Al andar*

Una canción triste que no lo es

Biopsia blues es un libro donde la palabra, la escritura, es lo que *ocurre*, y ocurre en un enjambre de referencias y transferencias. Lo que se transfiere es *otredad*, y la cara, la máscara, la iluminada (por la palabra) oscuridad del ser: “Atruenan las neurotoxinas con épico resuello”, dice el poeta, porque el poeta no es *otro* —como quería Rimbaud—, es *varios*: figura *esquizo*, asimétrica, contradictoria. Sin esos *nudos* no sería posible perpetrar una escritura como la de Mussó, tan potente por estar sustentada en la materia (materia/cuerpo, materia/escritura) y tan sutil por estar sustentada en el vacío de toda materia (intrínquilis), en esa zona innombrable más allá de la máscara.

No se puede buscar en *Biopsia blues* una fisiología de la higiene, un cuerpo impoluto, por el contrario, la polución se impone y se respira, a veces, con dificultad. Esa dificultad queda patente también en la magnífica adjetivación: “judas crepuscular”, “palabras raspadas como naranjas de helio”, “húmedo evangelio personal”. El murmullo está ahí, pero no podemos encontrar el murmullo exacto; estamos —terrible paradoja— amordazados por la palabra. Pero aparece un instante de epifanía ante la afasia de un tiempo reflejado en

cuenta regresiva: aparición efímera, huidiza, irreal. La “caja negra” del poema, queda —quedará— entre los escombros de ese accidente que es la existencia. Porque el poema, como la flor en el sueño de Coleridge, reaparece de este lado, en esta continuidad del sueño llamado vigilia.

La cuidadosa orfebrería lingüística que Mussó premedita en *Biopsia blues* lo sitúa en la vertiente de esa poesía de la dificultad, o del lenguaje autoconsciente que sabe que el poema se hace con palabras —como quería Mallarmé—, pero, agreguemos, también con resuellos, aullidos, excreciones corporales: “Nada escribo que no proceda de la cetrería: suelto a los halcones del deseo. Cuando la sombra de una urraca teje el mundo, la sombra de una urraca te sigue porque la sombra de una urraca bate sus alas sobre los henares”, dice Mussó.

Biopsia blues es escritura anómala. Entramado de ebrias orquídeas que mueren y renacen; que se derraman en helio, en hierro, en trasgresor azufre, y “donde crecen cerezos fuera de estación”. Este poema es la canción triste que en realidad no lo es.

VÍCTOR SOSA



EL SUEÑO DE LA RAZÓN PERPETRA AFORISMOS

Todo lo que ha ocurrido teme a su palabra

ELÍAS CANETTI, *Auto de fe*

Al
[aluminio]

Porque el fantasma de mis nombres deriva del fantasma de mi padre.

Porque soy adicto a estas palabras del moho —que tacho a menudo—, *to read or not to read* palabras averiadas:

huesos de canela, huesos católicos, huesos aquí los puse cuando estuve hambriento, huesos de tinieblas luminosas, huesos enjaulados en el mar de tu sangre, huesos que soportan la poesía, huesos alucinados por colores imposibles, huesos que llevan dentro el germen de la demolición, huesos desportillados por el cansancio, huesos que se airean como perros calcinados en la playa, huesos que viajan a través de la sed, huesos que te habitan en caída libre hacia el dolor.

Gran Barón de la Cerveza, intenté engañar a una enfermedad marsupial, al dolor heráldico que se aloja en su vientre como tierno engendro ponzoñoso.

Intenté inflamando palabras de otros cuerpos en lugar de lámparas chinas, hendiduras para practicarles sepias rajadas a frutas vecinas en pos de que el planeta volteara su rostro

hacia otra peste, intenté bautizando de varias maneras al
lugar tenebroso que es tu páncreas oxidado, pero duele de la
misma forma bajo distintos nombres.

Desempañas el gaznate: punza el dolor, signo que cruje entre
las cenizas de la orquídea,

me diste los palabros con que puedo escribirte: llévatelos
todos, igual a señas de este milagro nuevo que es la multi-
plicación de los puñales,

como el fondo de este vidrio que cartografía —una a una—
tus células en madera ruidosa.

Sb
[antimonio]

Porque ese dios que otorgó su venia a la vejez para exterminar
el vigor de mi padre, ese dios que se hace venerar, construir
laberínticos templos con gárgolas de piedra pómez, que
extrae revelaciones, incluso los cálculos renales. Ese dios
que aniquiló a los suyos con la tormenta tropical, con el gas
sarín, con el VIH, me empuja ahora a desconectar a los míos
—y me hace leerlo con compasión—:

dios a punto de ser vaciado en un albañal, silenciado por
los cuásares de la noche. Observo a ese dios, perplejo, al
arrancarle la máscara y hallar una duna de espejos.

Dios que jamás fue dios. Dios que jamás fue nada.

Ar
[argón]

Porque entre tú y yo solo hay una losa numerada [B0-216011], esta mano que se desquicia arruina su caligrafía sobre ti, esta mano arruina su caligrafía sobre mí, sobre una luz de bajos cubiles en esa noche de piel yerta cuando supe por un antiguo amigo en la taberna —murallas albas, lazareto victoriano— que más cerca de lo que imaginaba se vaciarían de luz mis pupilas, como se silencian, acompasadas, las cigarras en la oscurana.

As
[arsénico]

No sé quién eres, factura de la noche, amnesia movediza que te extrae de la demencia con un planeta erógeno, ahora que un enorme gallinazo sombrea estos renglones con tejidos que me intoxican —*ajenía*—. Al despertar se escriben a sí mismas las astillas de un témpano de ámbar donde vive la salamandra. Al despertar escriben el cuerpo esos tus tics nerviosos que inclinan el eje de mi corazón. Y rozan tu voz las montañas moribundas. Y van tras tu cuerpo inalcanzable las aguas mutuas.

Ba
[bario]

Aunque las ruinas de una cabina telefónica interfieran creando puntos cardinales, venablos con sombras ilícitas —*patologías*—, no sé quién eres, residuo de la carne. Erosionan los síntomas de la peste nuestros síntomas innatos: inventan otros con conejos, pájaros y sombreros que emergen de un sombrero insondable.

Ave, viejo. Quien raya este cuaderno —y que también va a morir— se sabe la criatura que te nombra en secreto. Que se desintegra con la noche desde las órbitas de los ahorcados. Que se reconoce en las bengalas que te anudan a su metálica garúa.

A solas queda la sangre mansa. A solas y desordenada, cerca de no estar.

S
[azufre]

En tu cuerpo son las doce.

Y entiendo que el anciano que nos pronuncia lacerando mi costado, fauces de bronce, no eres tú. Ni tú quien calla ruidosamente desde el naufragio de sus sienes. Entiendo que no eres quien, desde la manzana, me remata con su lanza de salivazos. Porque mi aliento te habita desde esta forma de silencio en que me he convertido. Porque también yo soy otro.

Entiendo que estos órganos que encharcan el lerdo atajo del grafito no son tuyos. Ni tuyos los élitros dorados de mi abrupta corona de púas. Porque mañana nacerán las orquídeas. Y mañana morirán las orquídeas.

Bi
[bismuto]

Ahora entiendo que quien vuela estriadas ballenas azules entre abetos de mar eres tú. Que quien embriaga mantarrayas en el patio de los Hermanos Cristianos eres tú.

En tu brazo concluye el relato de la muerte como el relato de un reptil a la sombra del andamio. Y entiendo que quien sujeta mi muñeca en las macabras piscinas de San Vicente, alejando el nocturno paleolítico, eres tú. Quien talla jirafas de tiza en restaurantes del barrio chino eres tú. Aunque la cirrosis esté haciendo el trabajo de dios, entiendo que eres tú a quien le sucede la muerte en este instante.

Bh
[bohrio]

Entiendo que este atleta encorvado que tacha mi nervio de ensoñación ante levas de acacias no eres tú. Que no eres tú el gentío que raya coros de lustrosas hablas en distintos husos horarios durante los tiempos atribulados. Que no eres tú quien tizna mi boca con estrépitos que toman el pulso a la ovulación. Ni quien dona sus órganos en ciernes durante una eterna fosforescencia.

B
[boro]

Escuchas ballestas de sal postergadas en el teclado de un piano, y la muerte te mira mientras mueres. Escuchas un mudo trajín en la espina durante las ásperas voces del océano. Escuchas su agonía transparentarse en cicatrices minerales: el judas crepuscular que llevo dentro me toma la mano y escribe siluetas de tiza alrededor de tu sombra. Se escribe a sí misma una isla de cristal empañada por tormentas que astillan mundos cuando asisto a la lectura tullida de tu nombre, viejo.

Br
[bromo]

I

Porque en tu cuerpo son las once, tu mano entrecana pasa por mi cabello. La sombra que lame mi rostro escribe acústicas de alcanfor —yo también soy otro—: tu enfermedad [catedral de mil agujas] susurra como caciques que seducen al pueblo con su trápala.

Aunque lea con sospecha los adoquines postergados, tu enfermedad [*Ilíada* en su lengua original], clásica, perfecta, recoge pieles insomnes anteriores a la lengua escrita cuando la sangre era un charco de obsidiana que derrama mi padre, postergado también.

II

Quemando la noche que cae en picada como sombra de somormujos, tu enfermedad [calendario maya] traspasa porosas profundidades tuyas con romos bisturíes de peder-nal. Y bebes, viejo, desde aquella figura retórica que es la pasión. Porque tu enfermedad [jardines de martirio en el coliseo] irradia agujas roncadas como hormigas alrededor de una ciénaga construida con sangre rota.

Ca [calcio]

Atardece sobre tu piel y la enfermedad [Gran Muralla] invi-tándonos a su ceremonia escarlata de rostros maniatados por el grito de los pájaros. Atardece y los brazos de este sol de achiote traspasan vitrales en tanto la luz traspasa los nombres laminados que emergen del sueño. Atardece y cúpulas de arena se desmoronan entre luminarias de agua y crisálidas con runas en lugar de cicatrices.

Y tu enfermedad [presa de Nueva Cornelia] inunda huesos de luciérnaga y cierta imagen suicida en los espejos ferrosos. Porque tu enfermedad [buque Lusitania], bombardeada sin declaración de guerra por latas de cerveza, recuerda su forma en mi garganta. Y tu enfermedad [biplano de caza de la Luftwaffe] encabrita una piara de jabalíes que destruye alamedas y alumbra muñones del miedo. Porque tu enfer-medad [*El gabinete del doctor Caligari*] es impronta del vacío y ritual de las hablas infinitas.

C
[carbono]

Nada escribo que no proceda de la cetrería. Suelto a los halcones de la memoria y vuelven con el idioma brumoso que mi padre cabalga atravesando praderas erizadas de bisontes con que me devuelve a un tiempo que imagina para ambos.

Y se me atasca en la garganta el cielo esférico como una lengua muerta. Y se me atasca en la garganta el idioma como trizados anzuelos de hueso. Y se me atascan esas tus palabras que decretan la sangre como dispositivo de memoria que demuestra nuestro amor al barrio —cuando me enseñaste que en el momento en que la esfera cruza la línea de cal ocurre el gol de los contrarios—.

Cd
[cadmio]

“¿Nos conocemos?”, me enrostras en un túnel untado de luciérnagas aunque no tengamos mucho que decirnos. Sucede que desaparezco entre persianas, en el espejo de las chimeneas, y no tengo mucho que decirme —indestructibles ritmos de febrero, embustera ausencia del miedo—.

Sucede que me distancio de los que escriben para levantar un país porque no levantarán nada. Y me distancio de los que escriben para edificar belleza porque rastrillan cenizas con nudos de sus cuerpos.

Tu silueta se yergue silbando su ebriedad. Y los perros lamen tus manos, esas manos que buscas, que se niegan —gallinazos heráldicos—, que se exterminan mutuamente, traslúcidas, voluptuosas como un laberinto de espejos furtivos.

Ce
[cerio]

Igual que dirigibles en llamas y extraviados, nos diseminamos desde que a Kafka le dio por tachar nuestros élitros. Y la ronca noche, taimado mercader en un cortejo de astros, extiende su negrura sobre veredas de vidrio, donde mujeres desnudas danzan en mis párpados, y me dictan al oído el poema que no escucho. Porque escuchar cansa. Y respirar cansa. Y cansarse cansa.

Cs
[cesio]

Porque quiero escribir, pero me sale niebla de los nudillos [en el crisantemo cabizbajo hibernan los palabros]. Porque rezuman nuestros élitros derrocados por la guerra mientras empolla dolores otros. Porque le imprimes a la lengua el resabio oxidado de los anzuelos: más remoto es el sueño que nos escuda que el murex púrpura con que tiñes el arte de negar/nos.

Y puede que ningún horizonte enmudezca. Y puede que escuche desde la ría parolas de sangre mordida por la mantis ferrosa. Y puede que escuche a la magnolia cómo se pudre entre tus sienes, en tanto mi casa aún ensaya vecindad con Rosa Luxemburgo.

Cl
[cloro]

Porque el amanecer es fascista si se lo imprimes en la frente a las bestias del bosque, porque mañana nacerán las orquídeas entre un rechinar de párpados herrumbrados: metales pesados revientan esta jungla de huesos que aún no han nacido. Enseñar es obsceno porque apedaza los portones cuando adviertes la impronta de los demás, cuando solo estás seguro del olvido y su oscilación.

Mañana morirán las orquídeas, y supe que la sangre es otra mentira porque se reescribe en cuerpos que erosionan al unísono. Pero la sangre es la sangre es la sangre es la sangre (a lo mejor eso es la poesía). Y el abismo se encarama en sus bordes, agazapado a la espera de ser abismo.

Co
[cobalto]

Por una oscura mariposa supe que te silenciarías.

Porque hay un sitio en mi cabeza, viejo, que se llama mundo, un mundo escoria y minucioso y otra vez escoria. Allí afrechos de bisagras prietas se enraman entre fosos de mi ojo obscuro, y lloran, amputados, mis abuelos en estas pocilgas —como absurdos tendones de metal—. Si en tu cuerpo son las diez, ¿por qué repican a espanto las libélulas mutiladas que zurcen estrías en tus huesos?

Cm
[curio]

Desacato la insania de las ciudades: me siguen el instante de derogar el horizonte y el instante de derogar el fulgor tal como lo comprendía. El estremecimiento desiste de eclipsar a un muerto, escapa por mis espaldas, me dispone para el sigilo. Desacato la insania cavando en nuestras gargantas la ceniza de los volcanes. Porque el sigilo equivale a declararte: Apártate, que no deseo que escuches cómo me pudro.

Cu
[cobre]

Escribo una noche de plástica con mi padre muerto,
y en recodos de mi mollera se encharca su rúbrica, borracha canción de taberna, daguerrotipos en fisuras del húmero. La palabra como alienado espejo de feria que desfigura al universo. Como miseria que me atenaza. Como magnolia en la zanja de los ebrios. Como camarada de martirio en su inservible carrera por volverme humano. La palabra como pánico que toma con celo los planos urbanistas de mi demolición.

Cr
[cromo]

Emborráchame con el nuevo misterio de la noche. Emborráchame hasta que cada cardumen de antepasados ocupe tramos de sangre reseca. Y repte, mancha de pulpo en las olas del Atlántico Norte cargadas de anfetaminas y curadas con sal en grano, resbale como tinta desde el dolmen de mis estrictos sueños húmedos hasta el [t]error de haber nacido. Y escriba prótesis para los miembros fallidos. Escriba mentiras porque las verdades me asesinan. Escriba.

Db
[dubnio]

En esta tu primera jornada en la muerte súbitamente salgo del agua.

Salgo de las marismas amnióticas, y los nombres que les dan a las marismas. Trastabillan, viejo, caminos de polución en el deshielo de nuestra acrópolis, porque a demasiadas cosas les has dado el nombre de amor como para que le impidas a una acacia cargada de violines colisionar contra esta mi piel —no olvides dejarla en afrechos también—.

Y la estridencia de un diente de león colapsa al mundo.

Er
[erbio]

Salgo de la lengua, viejo. Vengo de la palabra que emana de grutas excavadas en el tórax. Salgo de la lengua. Vengo de la noche poblada por moscas verdiazules, de una densa tarde checa que ladra en mi casa de muros descascarados, hueso a hueso, ante muñones del océano. Y reconozco el miedo en el entrecejo zurcido por las eras —tu amor extirpa mis paisajes, calcina estas habitaciones vacías dermis adentro hacia la ruta que nos tacha bajo el galope del chubasco—.

Sc
[escandio]

Atardece sobre tu piel porque a demasiadas cosas les has dado el nombre de amor: escribo en caída libre hacia el guarapo ebrio, llagando las esquinas del mundo como un nido de liendres. Porque hundes tu espolón en las vértebras estrelladas del habla.

Y escribo el tiempo alterando el mapamundi, cruzando, suelo escaqueado, de los rombos de carbón a los de color mostaza. En mi rostro un polígono de tiro se separa de los huesos en giros de velcro venéreo: la negrura expande sobre tu nuca las lentísimas labores de la poesía.

Sn
[estaño]

Atraviesas la crisálida siniestra durante el fango escrito,
clausurando mis vísceras plateadas bajo la estrella del sur
mientras duermen tus ansiosas manos. Porque escribes un
mundo que pueda habitar, no los que me ofreciste.

Y las rejas del almacén de antigüedades brillan como luces de
caracol incrustadas en el párpado. Salgo de la lengua cuando
tus manos se derrumban sobre un cielo habitado por la
mantarraya. Vengo de la carne migratoria que coagula nuestras
pieles. Vengo del retiro transitado por el miedo. Vengo.

QUIMIOTERAPIA

Como un arco iris en la oscuridad
RONNIE JAMES DIO, *Arco iris en la oscuridad*

Fm
[fermio]

I

¿A qué sabe el idioma bajo el incomprensible arco de tu
paladar?

En el amor hay moscas que zumban ancladas a mis humedales,
ahora que el agua abandona las formas de la tubería y toma
las de tu cuerpo. Ritmada por noches inmerecidas, mi mano
recuerda las maneras azafranadas de la tuya.

II

Y la culpa se expande, lenta deriva de los continentes, encalla al pie de tu cama, en las fuerzas que rozan mis hombros derruidos. Y en los candiles que pulen tus labios como un sembradío de secretos, el cielo se anega de palabras transitando el territorio que soy —el amor es un gato en celo: su lengua rasposa prolonga el cataclismo—.

F [flúor]

Sé que no son ventanas las oxidadas ventanas del habla: me iguanan las hojas que ingresan al cuerpo dicho por el invierno cuando razones el metálico atardecer —una prisión de viento desaloja estrellas de mar que hebilla el océano con su esbeltez—.

Las palabras que escribo durante este viaje son palabras para incendiar mis partes y abrazar tus guaridas hacia mí. Ah, vejez que se deja escuchar en las bisagras del cuerpo. Ah, palabras colosales, pesan como bueyes que tachan nuestro relato con sus pisadas, corrigiendo el diseño inconcluso del mundo.

P
[fósforo]

Cosas del diablo, pensaste, cuando hallaron la estructura en la molécula del ADN, y el mapa de tu cuerpo me retorna a una casa fantasma que insiste en expulsarnos.

Esas tibias y esos peronés —que encierran música rasposa— me intoxican a base de gutapercha, y tachan cada herida hacia el crimen perfecto.

En el yerro alfanumérico de mi pasaporte, en el diseño del *ticket* con que abordo hacia el cero inexorable, en el maniático ramero del manglar sepulto las palabras con más dolor que a los cadáveres de mis cercanos. Y me asfixio porque el mundo se encoge si no están ellas, las palabras, cenagoso espejo de mis muertos.

Ga
[galio]

Nuestras lenguas engarzan el mundo de los vivos con el mundo de los muertos, recordando cosas que no se han reflejado en gotas de la sombra. Nuestras lenguas levantan relatos en la puerta que aún no hemos franqueado, doble sombra emana del doble encuentro.

Porque en tu cuerpo son las nueve —anochece sangre sobre tu piel como en el arrecife—. Me besaría en la frente porque amanece con colores imposibles que desuellan paisajes de probeta. Y esta labia aparece, isla donde me agazapo para caminar mi idioma, porque mi idioma es horizonte cargado de perdigones crudos.

Ge
[germanio]

Ahora que el aroma de los astros es bancarrota en la escritura, engendras incendios en los pastizales —en la zarza en llamas de tu aliento muere una ciudad—. Y hay un chorro magenta de serpientes que me reconocen. A lo que llamas decadencia de la carne yo le digo vivir acústicas irresistibles.

La guerra volcó a tu padre hacia tierras ennegrecidas por el insomnio —agrietada música de tajo—. Buscaste cortes quemados a la vera del río como pepitas de oro, duelas encarnadas que crecen bajo nuestros pies como amapolas. Porque música y mecánica son lo mismo. Y el silencio trenza piélagos de hielo encadenando cenotes a tu rostro.

Hf
[hafnio]

I

Sería terrible que la noche no transcurriera: en los rostros de la peonza se refracta un foso poblado por niños sonámbulos. Sería terrible que no transcurrieras, que los tragos ciegos no impugnaran la madrugada. Sería terrible que se inundaran los baños públicos sin la rememoración.

II

Que pronuncie menos poesía, me dices, en un bosque embrujado por la desmemoria. Y no hallo simetría en la caída de los pómulos —palabras exhaustas boquean dendros disueltos en mis ranuras durante una nueva operación Tormenta del Desierto—. Porque el poema rebasa mi triciclo, antorcha de alhucemas ojerosas. Porque el poema ausenta dimensiones en el polvo.

He [helio]

Derrapo, ángel pordiosero, regresando hacia el futuro mientras presiono teclas de nieve. Y el poema, ebriedad que nos conduce hacia vitrales de frontera, semeja mortajas que tejes siguiendo el oficio de una mujer cuando bordas, entre islas, el retorno de los navegantes. ¿Gozas leyendo el parte policial donde eres acusado y, al mismo tiempo, a quien le cercenan el lóbulo de un navajazo? ¿Gozas la bilis que te emerge del esófago? ¿Te regodeas leyendo la historia clínica de tu pudrición?

Hs
[hasio]

I

El terraplén es abatido por los gestos como proezas de carcoma, y en los bordes rotos de tu sangre un engranaje fósil nos atraviesa con hielo amargo —las mujeres lloran porque es la mejor manera de retornar a un océano de porcelana—. Tuvo mi afán enorme coraje para salir a su encuentro: mi afán se me adelanta siempre. Y, en medio de su miel salada, los palabros me estrangulan en los zaguanes desnudos.

II

Escriben los cuerpos teas glaciales como runas que relatan un diapasón de témpanos ancianos. Escribe mi sangre con maquinal aleteo de cernícalos pardos porque suyo es el abrazo azulado de mis muertos. Escriben mis muertos porque se vuelcan, partisanos, sobre mi sangre encanecida a fuerza de niebla. Escribo.

H [hidrógeno]

Nada escribo que no proceda de la cetrería: suelto a los halcones del deseo. Cuando la sombra de una urraca teje el mundo, la sombra de una urraca te sigue porque la sombra de una urraca bate sus alas sobre los henares.

Y el patrón en los señores de la guerra es decir lo mismo luego de Babel —he visto a las mentes más felices de mi generación clonadas por la cordura—.

Ich bin ich: revolver nuestra substancia es artefacto alienado, alegato de inauditas células del cáncer, que te pintan inauditos frescos en la bóveda del cráneo —la gramática clausura querencias con sus insectos de plata— una bruma donde lo mejor de tu sangre está en boca de las mujeres, mezclándose, denso jarabe venenoso que enreda las manos del musgo, porque una procesión de claveles negros se detiene por el hielo.

I [yodo]

I am me: aunque la guerra fisure nuestro apellido, arma tormentas bramantes al otro lado de la piel. Hay pastizales color violeta que inoculan el demonio. Altos basurales donde dios y yo empezamos a detestarnos. Sangre de anís, sangre de arsénico, sangre judía, sangre en la dictadura del sexo, sangre que hace de nosotros cualquier cosa menos un muelle intacto. Porque las palabras de las mujeres me inclinan tardíamente. Qué es la memoria, me dices. Anocheces el ajedrezado infierno de mis cláusulas. Anocheces.

Fe
[hierro]

I

Porque el fantasma de mis nombres deriva del fantasma de mi padre, su peste se enreda en las pinzas del cangrejo. Se encarama en las marismas porque mañana nacerán las orquídeas, y mañana morirán las orquídeas.

Je suis moi, ante ti declino las noches como el hijo del paleolítico ante sus ancianos, reescribiendo la espesura de la taiga que le escarba ritos rupestres en las tripas. Anochece en tu piel con espejos bayos como anochece Han Solo congelado en carbonita.

II

Prófugos del amor asistimos a la demencia del estornino. El mundo colapsa rostros que devienen élitros de un monstruo. Y el neón se abrocha a las armas químicas, a estos nuestros bártulos que ensayan sus pesebres desde escafandras de vértigo.

Porque en tu cuerpo son las ocho: el tiempo abre una región de amoríos trucados por el álgebra —que cuelgan de los cordeles de secar la ropa de mi madre—.

Vengo a este lugar que no odio, pero que no amo, oh, al lado del poema que vegeta filigrana, me empecino en tacharnos como a las orquídeas:

esfinges de hierro enlosado desmenuzan tu cabellera con relámpagos, con sus formas de asesinar a vecinos en inglés, a mujeres en árabe, a niños palestinos en hebreo.

Porque la guerra es quimera que nos enhebra campanas en el rostro con fórceps en lugar de anclas, he llegado a este hospital donde pensaba que habías muerto. Me has decepcionado: aún resiste tu pulso. No mueras en el sur, para que vengas a mi sur.

Ho
[holmio]

I

Semeja mi sombra, bajo las raíces del baobab, la pastura que nos borra con relatos almenados por las amapolas. Y sobrevuela la alondra, hace nido en este cuerpo y estos tiestos, insolación en aquella jungla en miniatura rociada con tonos de mujer. Observar mientras cuerpos ajenos buscan el relámpago y sentir la propia carne como conductor de ese relámpago son piezas del mismo arnés.

II

En un paisaje de polvo los niños se arrinconan contra orillas donde el manto es de napalm. Y este cuerpo duerme todo salvo su pistilo y las palabras que nombran el pistilo: en medio de los anzuelos, afilados palabros nos llaman aun sin haber nacido del todo en nuestras gargantas.

In
[indio]

Llueve sobre este hospital, pero las aguas no se llevan tu enfermedad. No descubriste un lucero ni llegaste primero a un risco. No bautizaste un arroyo ni añadiste un elemento a la tabla periódica. Pero le escupo a la muerte astillas marcadas con sílabas negras para que dejen de gritarme al oído. Tienen igual importancia los recuerdos que anulaciones del cabello entre las adormideras. Los mismos deseos que Thelonious Monk y sus ahorquilladas improvisaciones.

Ir
[iridio]

I

Esta mano alienada arruina su caligrafía sobre ti y sobre mí, porque el cuerpo es la comarca más poética cuando vas tras lindes que ensanchan las arterias de mis sienes. El cuerpo es la comarca más política cuando marcha, sumiso, hacia la perdición. Y le has ofrecido a tu cuerpo la muerte, y ella entreabre sus labios como aceitados muslos.

II

La voz de Janis Joplin es géiser envinagrado que agusana espejismos. Nada más surrealista que la acrobacia del migrante en su semilla tutelada por la bestia. Nada más surrealista que el surco del pez volador en tu aleonado rostro. Hay un púrpura edredón en manos de los señores de la guerra: prosa y poesía agonizan porque no copulan entre sí.

Y [itrio]

¿Cómo suenan las palabras en la lengua que destruimos? En tu pecho ráfagas de alcoholes liberan brumas que coagulan el bosque en miniatura de esos tus vellos suicidas.

¿Cómo suenan los deseos en la lengua que destruimos? Nos hace ruido el relato de lodosos años cuando la muerte, Novísimo Testamento, talla guaridas tras la hojarasca sumergida, y crece en el tibio de tu espalda como cabuya menguante. Y se trastornan magnolias en mis sienes: la muerte, anaconda nórdica, mutila niñeces postergadas en la yerbabuena. Horada sombras en las carnes que antes latían en pleamar.

¿Cómo resuenan los instantes en la lengua que destruimos? Nos hacen ruido los surcos del pasto, la geometría de la caída. Se derrumban astros eclipsados por la guitarra de B. B. King y el crujido de tus cejas que se empinan hasta tacharse. Nos hacen ruido.

Kr
[kriptón]

Cada debacle catapulta ofertorios cuando el óxido deja a la mitad un barranco gigantesco, en tanto recorres a la mitad *Las calles de San Francisco*. El afilador de cuchillos aguza el lenguaje, el tahúr entrecierra la mirada tras una carambola de sílabas, el médico brujo me adivina como un insecto estriado empantanándose en tu voz, el tejedor de sombreros zurce petunias en el balcón de los candados bocabajo. La yerbatera se asfixia en una rama de jengibre, el chalán presiona contra su esternón las riendas del lenguaje como en una pira funeraria en *Beau Geste*. Cada debacle catapulta ofertorios mientras el poeta se tortura con denarios a través de un oficio extinto.

La
[lantano]

Porque esa patria en tanto prótesis del espíritu, esa patria que doblégó al kamikaze, al acorazado, a la isla de hectáreas de romero que eclipsan su territorio, esa patria que acuñó estrafalarias tribus logra ahora que se atasquen, uno a uno, sus estandartes. Patria que debería ser traducida a lenguas muertas y extinguida en nombre de sus víctimas. Miro a esa patria con pasmo cuando le desprendo el antifaz y hallo un zurcido santuario de bestias en blanco y negro.

Patria que nunca fue patria. Patria que nunca fue nada.

Li
[litio]

Huroneas el mundo, sus caprichos eucarísticos. Huroneas anchas voces que percuden el horizonte. Huroneas mis cuásares subcutáneos, el caos de los helechos, una jauría de langostas transparentes. Huroneas la orgiástica mirada del puerto y nos buscamos en el fondo del vaso entre búhos abismales, el cedrón corrosivo, el aleteo del matico. Huroneas esta ebria ciudad maniatada que no siempre es fiesta de mariposas —el habla silenciosa cabalga proezas, nos distanciamos de las sombras para ver nuestros cuerpos desde graderías de savia—.

Te apertrechas de cosas imposibles, digamos que de la madrugada, de los aromas que tropiezan en el sendero, de brotes de espárrago bajo una flota de zepelines, de esos brazos tuyos, prolongación del abedul, o la conseja de medir el peso de la vena propia en la palma de la mano.

Gravitas la corrosión, todo el dolor del mundo en esta línea. Gravitas.

Mg
[magnesio]

Entre tú y yo solo hay una losa numerada —en tu cuerpo son las siete: anochece sobre tu piel—. Y los espejos son jardines que flanquean pasillos de hospital bajo culebras de luz que le dan vueltas a mi garganta: escribo mis palabras en rollos de vendas para primeros auxilios.

Estos relatos remiendan coletazos en mi boca oscura. Galopan las papilas hasta la exasperación. Y la sangre cobija gatos con pelambre de un violeta profundo —porque este ha resultado ser un país floreciente: el gallinazo que hay en mis arterias segrega desespero—.

Ajenas hablas destilan nuestra silueta en una montaña repleta de gambusinos. Evaporo para ti una pregunta repleta de huellas americanas. Y te atajo, por fragmentos, en el relato barrido por la sombra de circos búlgaros.

Asesino, ergo, leo esa tu sangre. Asesino, ergo, respiro.

Mn
[manganeso]

Embalo una noche de charla con mi padre muerto. Qué se hizo del fragor, de la frustración, del relámpago ajeno, en su primera jornada en la muerte. ¿Sabes algo sobre mis dolores? (cf. Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*).

El aforismo del grillete monástico —gavilanes vuelan más alto que en otras temporadas— fue solo eso: tiempo del que hicimos lo que nos vino en gana, tiempo del trajín de la llaga también. Ya que nos falta el talento suficiente para guardar silencio (cf. Dostoievski, *Los demonios*).

Confinos de vértigo carcomido por las zanjás, el arte muerto y arrinconado de cuñas hechas cuadrilla. Fugaces espejos anclados en el sacro veneno que lleva tu cuerpo confirman que de las vísceras poco sé. Subrayas la rosa del mundo mientras palpita labores de la enfermedad —desprendes su tallo con un gemido de metales pesados—.

METÁSTASIS

Hg
[mercurio]

Desde tu cuerpo escuchas celebraciones del mundo. Contienes mi nombre con desquiciados muros de Berlín. Y esta tu mortífera lengua iza su himno a mediados de la sangre. Porque tu lengua registra el trazo de insectos alienados. Qué hay en los espejos, sino una floresta transitada por monstruos. Porque el frenesí me sabotea hasta abrocharse a los huesos de mi cráneo —medalla lacrada y furiosa—.

Ondeas la sedación de una orquídea sobre tantos hombros como su óxido lo permita. Ondeas el estrepitoso acontecimiento de la nada. Te derramas mientras te desvaneces: en tu cuerpo son las seis.

Nd
[neodimio]

Mientras te desvaneces los señores de la guerra ocupan ciudad tras ciudad, y las olas mecen el robledal tapiado durante su germinación. En un instante se blindan los sexos con marcas por cada paso malandado. Y el aguacero fabrica edredones de agua —andamio que es más bien hamaca de arena, cementerio de epitafios tachados—. Porque neblina le decías a la piara de libélulas que bufa en mis ojos; neblina, al animal formulado en nuestros labios cuando se suprimen a sí mismos.

Ne
[neón]

Por una oscura mariposa supe que te silenciarías.

Los dolores del cuerpo, como maniobra que cumple lo prometido. Relinchan huesos dorados desde las revistas bohemias de los años cincuenta. Los números de la yerba —*ahora lo sé*— fueron apenas una etapa de mi vida; los números del amor —*ahora lo sé*— fueron apenas una etapa de mi vida. Esta fiebre es horizonte contra el que se dirige el desquiciado maquinista de la vanagloria, cuando lágrimas herrumbrosas son diezmo en un lugar imposible que llaman cansancio. Tu saliva es péndulo que gime, ventriloquía. Y entiendo que la fiebre nace para alejar a la patria. A la sangre. A mis demás que son los demás.

Acude, viejo, desordena estas gárgolas de piedra pómez con tu carcajada. Acude, viejo, a las fechas que oprimen nuestras cabezas con sus polillas. Acude, gran Barón de la Cerveza, con delicadas hipodérmicas. Acude.

Ni
[níquel]

Esta mano alienada arruina su caligrafía sobre ti. Arruina su caligrafía sobre mí, cerca de la noche que cerraste creyéndote héroe trágico porque asesinaste a tu padre y derramaste tu mirada con la ceremonia de tu madre desnuda que pendía, péndulo de sangre, igual que aquel antiguo columpio que más bien fue el eclipse que fragmentó tus pies desnudos.

N
[nitrógeno]

Hallas escotillones para tachar los apellidos, para sumergirte sumergiéndolos entre lucios, algas rugosas, ramas estrelladas, trámites burocráticos para el ascenso de las codornices durante la noche. De qué manera nos distanciamos de las náuseas. De qué manera aseguras que en tu canción florezcan cerezos fuera de estación desde que se pose —*a destajo*— en cada una de estas lenguas de taraceado derrumbamiento.

No
[nobelio]

Porque toda ciencia proviene del dolor.

Niegas la fisura afantasmada, la talla en nuestro cráneo cuando pronuncias palabras antes de escupirlas. Sé, gracias a ti, que la jungla queda dentro. Que las ciudades parapetan sendos muros de las lamentaciones: escapan acentos incorrectos por las comisuras, y los halcones muerden murallas ante terribles fantasmas diurnos. Y en el vientre guardan protocolos para corear tablas de mareas. Y he visto las mentes más desdichadas de mi generación remendar sus paisajes con el alcohol. Y una ciudad no es más que desatino, donde peces-muñón cuelgan de los postes incendiados.

Au
[oro]

Me gustaría arrastrar conmigo, adonde fuere, todas y cada una de mis palabras: si me pudriera se pudrirían con este cuerpo —de esa manera no saldría lastimado nadie—. Las palabras como carroñeras, como huéspedes de nuestros cuerpos. Me gustaría arrastrar conmigo, adonde fuere, todas y cada una de mis palabras: si lastimara muriendo lo harían también estas palabras —de esa manera todos saldríamos lastimados—.

Os
[osmio]

Nada escribo que no proceda de la cetrería. En los extramuros del logos he venido a leer cubitos de hielo —la ruina resopla mis tobillos como mastines furiosos—.

Porque desaparece Michael Phelps con cada brazada que doy en la alberca de tu sangre, como cuando Johnny Weissmüller restaura la niebla en el celuloide. Porque la sangre es más que un adverbio de lugar en tanto el cuerpo nos oxida y la escena es medicación accesoria.

Soy la isla de Ítaca a la que no has regresado en mucho tiempo. Y he venido a leer bolsitas de té porque eres dosis de ácido que te adhieres a esta lengua —rémora naranja, violeta, azul y otra vez naranja—.

O
[oxígeno]

Eres aún las jornadas en bicicleta, un color imposible en mi diadema de paisajes.

Me cantas al oído una inmensa isla de desechos en cada océano, y la somnolencia me vuelca contra el cortinaje de la función a la que iba de niño. Esos botones dispersos por el piso de la habitación sujetaban a tu piel esta camisa ahora hecha jirones. Si me ves cabizbajo es por el patíbulo de disfraces que caracolea en el ágora —cuando las noches de calor son camastros para los amantes—.

Y lío un porro de rabia que se deshace durante tu noche: los sonidos provienen todos de las cenizas de un piano.

Pd
[paladio]

Anochece sobre tu piel, aunque tararees la madrugada liviana como un colibrí. Emerges con el yerbajo, desnudo, evitando el mal de ojo en pos de que tu silencio [fuentes del Nilo] vacilara al principio y nos costara encontrarlo. Y cuando lo descubrí, recuerdo que pensé: “El silencio de mi padre, supongo”.

Y tu silencio [archipiélago de Galápagos] me hizo coser una teoría de la evolución de las especies siguiendo a las ballenas jorobadas en sus rutas migratorias. Y tu silencio [jungla amazónica] irrumpe en nuestros tereques. Y nos fue su pátina lejano abrigo durante el tuétano frugal.

Y tu silencio [desierto de Sonora], movedizo como movedizas fueron las noches en que encaramos las aspas del terror. Como cuenca de vidrio pertinaz, tu silencio [salar de Uyuni] camina entre palabras de mi lengua, simulacro de nuestras vísceras.

Ag
[plata]

Porque tu silencio [isla de Cuba], bloqueado por el fragor de voces inauditas, resiste singladuras de silencio y palidez. Porque tu silencio [témpano antártico] se estrella contra mi proa. Nos encalla en el *iceberg* de tu cuerpo.

Porque tu silencio [mar de los Sargazos] empantana a una torpe anguila, invocando con su brazo de algas nuestra medianoche de manglares y guiñapos de sombra. Y tu silencio [pampa desolada] es planicie donde —*de cuando en cuando*— un ñandú patear el doblez de nuestra soledad extrayéndole sus jugos nutricios, su naufragio, su desigualdad.

Pt
[platino]

Mañana nacerán las orquídeas, mañana morirán las orquídeas encandiladas por fanales como las alondras niñas:

Los fantasmas de mi padre ingresan a mi nombre por escotillones que conjugan una hilera de estatuas de cuarzo —esta máquina del deshielo emulsiona ceniza—. Sueño que tomas huesos de bruma hasta salir de mi nombre, ahora que tu cuerpo es una ciudad vacía como las fauces de una máquina traganíqueles.

Pb
[plomo]

Por acosarme, ideogramas nos rodean con su oscurana, ensayan su puntería —frontera, ojo, *zoom* de vinil— porque los amigos transitan el terror, aguzan filas, jurándomela.

Habitando nombres muertos entre cuerpos que responden al bramido del palabro, el estigma roza la superficie de mis aguas venéreas hechas para la desnudez como una fruta averiada. Tu bramido semeja un concierto escrito para el apareamiento de las ballenas —estrofas negras que divulga el musgo bicéfalo—.

Gabarras de sal prieta pervierten nuestros nombres muertos. Nuestros nombres descalzos entran al mundo como en una averiada central nuclear. Un continente de sangre cortada se recuesta a tus pies, se abrocha a tus empeines, par de sandalias griegas que te inmolan como un bonzo de renglones animales.

Po
[polonio]

I

Boqueando pantanos de hablas resacas, el mundo se pronuncia distinto quebrando corchetes para levantar verbos que no recuerdas, pero que apalancan la noche. Difundiendo ojos en pozos de alquitrán conjugas la elipsis en el fango de que estás hecho —emergiendo de tu mirada ilegible, a hurtadillas, hacia mesetas sánscritas—.

Dime, viejo, ¿empinaste el instante de lenguas bordeadas por decires abisales? ¿Cómo vierte la magnolia los residuos de tu relato? Dime, viejo, si negro equilibrio es este de las vísceras, ¿se borra el vértigo forastero enroscándose en otros nombres?

II

Tomaste mi mano la primera vez que hablé con la muerte en una callejuela de la infancia. Tomo la tuya cuantas veces la neurosis te acerque a la muerte sonora: garabateas el altanero cuaderno de los muertos.

¿Trasnocha esta habitación que bordea la nada hacia el tabú? ¿Colisiona tu relato contra amarantos resinosos? Tu nombre se asoma al borde de un cataclismo solo tuyo, verbenas de coral, estudio que empercha igual libros que aguardiente, porque para encarar lo que ladra en mis adentros colisiono de dientes contra la poesía. Llueve, jauría de linceos polares, llueve.

Pu
[plutonio]

Un bonzo incinera mi ruta silenciosa que será un laberinto en llamas. No son el caos, sino más bien otro orden el plano y los muros donde la carne muerta nos extravía, donde el deseo mapea metálicos árboles de ceibo.

Qué haremos sino adentrarnos en lenguas bárbaras como en fiordos lacrados: inalcanzables meridianos, gélidos como un dedal de oro.

Muta el itinerario de mis palabras, degenera las células, y el yermo paisaje es cruzado por el cangrejo, vuelto lodazal de patrias depredadas ¿Sabes algo de mis dolores?

Pican atunes y corvinas. Y la mujer con nombre de araña remienda cosas que teme perder para siempre. También la encina despide renglones de autoflagelación; se funde esta máscara disolviéndonos: la equina cabellera es una con las sombras. Hay sombras en grano sobre mi tabla de mareas. Hay un pezón encarcelado tras el aguacero.

CASI UN POEMA

La noche te oculta la voz

LUIS ALBERTO SPINETTA, *Bajan*

K
[potasio]

I

Anochece sobre tu piel y escribo este húmedo evangelio personal que nos era necesario. Signaste mis recuerdos mutando el habla en ladrillos —la tinta cicatriza rajaduras, zurce heridas espinosas que deliran a la intemperie—. Había que escribirlo sin descifrar aquellos puñales que rajan mi lengua: giros tiranos emanan del espíritu travestido. Y lentas estrellas se dispersan, habitación del misterio.

II

Súbito, cuelga el deseo de otro deseo ahora que en tu cuerpo son las cinco. Y se acunan en mi cuerpo desnudos bordes de una memoria hecha muñones de noviembre [*este es el juego de lenguaje que se está jugando*]. Conocí cenotes que tachan tus ojos —*Gaza, Congo Belga*— escuchando palabras que aún no eran mías —*El Mozote, Kurdistan*—.

Y el río crece por la lluvia ácida en esta tu primera jornada en la muerte. Transitoria es la casa. Transitorio el mapa de harapos y estacas. Transitorio el mundo menos el tatuaje que se amordaza con las iniciales de un témpano entenebrecido.

Pm [prometio]

En las terrazas devastadas, donde las alondras empollan la demencia de las ciudades, hay un terrón de lluvia que se disuelve en esta boca ahora que tu lengua ensaliva mis callejones como búhos que se aparean apedreando la noche.

Se descompone la sangre de golpe a través de la quebrazón de diminutos oasis al son de un ritmo azabache: Glenn Miller dirige su orquesta entre arenques y mejillones y delfines y anémonas que fermentan las piedras que no son piedras, sino mangos que caen, como astros fugaces, del cielo mientras aguardamos el sueño en esta noche-látigo que empuja la voz de mis latidos.

Ra
[radio]

Sobre el paño verde la esfera de marfil golpea otra esfera:

sobre el paño verde se ha resuelto el mundo, carambola donde aletean tus bajas defensas, y termino por quebrarlas, como fracturadas van nuestras fotografías familiares, desafinados sus amuletos de tinta pertinaz ante los fogones.

Allí rescoldos se malogran astillando huesos tatuados, huesos naufragio, huesos mira lo que provoca estar de pie delante de tu cama de hierro con sueños que se lacran solos, huesos fábrica de juguetes con los que me arañas, huesos carozo del ensueño, huesos de hielo crónico con que me obsequias ese artefacto informe llamado ausencia.

Rn
[radón]

Nada escribo que no proceda de la cetrería: suelto a los halcones de la voluntad para que me devuelvan al viejo entre palabras que se desprenden de sus témpanos óseos y extirpan guirnalda al murcielagario.

Presunción es cuando pronuncias cada reflejo clausurado de las aguamalas. El océano acribillado por la luz en el pedregoso rostro de tus enfermedades. El océano esculpido por tu resuello pertinaz.

Esta es la ciudad que nos drena el rostro, cicatriz de labios obscenos por la mácula de los imperios y la ebria pizarra aborascada. Esta es la ciudad que reprocha tus argumentos, convertidos en carcinoma por los bordes de algún inhóspito país.

Re
[renio]

Mano cerrada sobre mano abierta: custodias el tirano incomprendible con púas, y proyectas su fruta sur en mis muñecas despejadas.

En el arco iris que se encarama en tu vientre hay un animal que respira noche, que exhala densa saliva derramando el frío de unos cuerpos en otros cuerpos. Porque soy leal a estas palabras del moho. Y te corrijo ahora, viejo: sé que estás aquí porque no estás aquí.

Porque nada escribo que no proceda de la cetrería, no sé si hay un territorio para esta poesía, si he rescatado tu cadáver que lleva impresas nuevas ordenanzas. Porque el amor lo es cuando nos excoria, habitas los pechos baldíos de tu país, tomas el pulso a tus manos decapitadas —los candiles madurarán en tus palmas, en la lengua oblicua de la manzana—.

Se
[selenio]

El ruido ensordecedor de la tinta imprime tu sombra en los muros.

Hablarás, con los labios sellados, hablarás. Entre muñones duplicados dejo sembradas navajas que no terminan nunca, como no termina nunca esta noche desgarrada

en este día en este día ni en este día

en este día ni en este día ni en este día

porque los tiempos se descuelgan de nuestros cuerpos con sucesivos letargos del bodegón y el nupcial exorcismo del jaguar. Porque aquí vamos de nuevo —en tu cuerpo son las cuatro—.

Si
[silicio]

Nos despierta el chasquido que hacen los suicidas al zambullirse, pero no hay chasquido ni laguna, ni nunca dormimos. Verás al sur de la peste, con los ojos cerrados, verás más allá de la niebla, verás.

Me ha despertado el chasquido que hago al zambullirme en la laguna, pero no hay chasquido ni laguna. Y jamás he escrito algo fuera de la cetrería: me propino un disparo de vacío en la sien derecha.

Na
[sodio]

Porque el fantasma de mis nombres deriva del fantasma de mi padre. Y resuella la carcoma en esos filos de sangre hebrea. Resuella en los engranajes de sangre palestina fracturando engranajes de melancolía. Y lloramos porque es la mejor manera de llegar al océano

en mi mano en mi mano inédita

que desaparece antes de imprimirse

en tu mano cópula de golondrinas ciegas

Hay fisuras en nuestro apellido tras el tifón que se enluta con laúdes bajo la piel. Sangre de anís, sangre de arsénico, sangre en la dictadura del sexo, porque las palabras de la sangre me licuan, apedazándose.

Tl
[talio]

Niego tres veces la sangre que se adhiere a estas palabras raspadas como naranjas de helio —niego tres veces mi lengua cuando pisotea renglones y la lencería se desprende para callar el milagro de la ceguera—.

Mi mano, nutria execrable, resiste pero no vence: cuevas rupestres respiran en tu costillar, tatuadas con antiguas baladas de rapiña. Pensé que estrellarías mi cabeza contra el concreto. Estrellas, más bien, un beso gris en mi frente —*que repica a muerto*—. Colapsa, viejo, la lejana hierba porque en tu cuerpo son las tres.

Ta
[tántalo]

Un mapa de abedules remarcados por la niebla tacha su cartografía anclado a un sorbo de amarga cerveza negra. Nuestros reflejos invertidos resuellan sílabas lentas para el coágulo tribal que garabateas con las uñas.

Porque mis muertos emergen como delfines lacrados en ánforas micénicas, vuelven a respirar, regresan para abrazarme en un sueño que se ensancha como vertedero en llamas.

Y en tu ojo te conduces a la esquina de un cuadrilátero donde no tiras la toalla ni te refugias en las cuerdas, porque el cuadrilátero es el pasado: te rebanas a la mitad con tu espada láser como Darth Vader a Obi-Wan Kenobi, ahora que eres ambos al mismo tiempo.

Te
[telurio]

Nada escribo que no proceda de la cetrería: suelto a los halcones de la memoria, y será mejor que vuelvan con el birreme rajado que navegabas relatando, en negras lenguas inventadas, batallas singulares que me extraen por un instante de la soledad.

Me hago a tu nombre —reducido a minerales— como antes me hacía a la sucia mar —reducida a minerales—. En vítreos letreros supura el taraceado rastro de un escorpión enrumbado hacia ti. Y crepita tu nombre entre aullidos que son de nombres tachados en celuloide y milenarios negativos fotográficos.

Tb
[terbio]

Por más que escribo, necea, hipodérmica, la mariposa que logra un blanco anterior al blanco. Buscas la fricción de estos cuerpos dormidos donde una oscura crónica de Indias te asegura que en el salitral no todo está perdido. Aún puedes lacerarte con el resuello, antes de que los colibríes nos espoleen con su niebla primaria.

Ti
[titanio]

No respondes, cuerpo, al fármaco negro.

Atruenan las neurotoxinas con épico resuello. Atruenan la cirrosis en lagos que doblan espadañas con bártulos, como lunas lúbricas en la pituitaria. Alguien me reprocha que siga inmerso en estas zarzas —maleza del idioma—. Ese alguien dispara luces de bengala a través de ranuras en mi iletrado yo. Y me empuja a no argumentar la noche. Me empuja, más bien, a provocarla.

Th
[torio]

En tu cuerpo son las dos. Y el ritmo de la sombra se encarama en tus piernas como poética encasquillada en tiernos guetos que el tiempo embala. Cada vez que despertamos, como John Lennon desnudo con una bala a su lado, el mundo y yo mostramos las cicatrices de cada dentellada que nos dimos mientras soñamos con vencer. Porque la crónica sangrienta drena cráneos de libélulas, porque tu sangre y la mía jamás negrean al unísono. Esta ciudad te ha drenado el rostro como una cicatriz de labios obscenos, donde iniciales en el horizonte resuenan a ouzo —a cualquiera de las maravillas del alcohol—. Esta ciudad de palabras te deletrea en desorden.

U
[uranio]

Porque senté a la obscenidad, a la desnudez y al asco en mis rodillas, y por turnos se encaramaron allí donde ocurres, donde sucedemos —como en una tabla rasa que rodea con magnolias las ruinas que llamas casa—. El *zapping* de estaciones demora más de lo deseado. No hallas un pútrido gesto para encarar[te], ahora que los cuerpos penden por docenas de los sauces embrujados. Porque repaso mis dedos por tu cabello encendido por el agua muerta y la cerveza que arde en tu rostro. Porque CNN dice que te enciendes en el ecuador del huracán, que un témpano de sangre negra adensa su légamo entre nosotros.

V
[vanadio]

Por una oscura mariposa lo supe.

En medio de la negrura irrumpen los jinetes sin cabeza que cuentan para atrás.

Y vuelvo del amor como de la tortura en los riñones, y allí estás, gran Barón de la Cerveza, con los huesos de la frente desgonzados, reseco girasol que baraja pétalos jugando al póker bajo lámparas de gel —ni al girasol ni a la lámpara los pinta algún loco amante de una sola oreja—, pariendo púrpura sangre como letras que trenzan su yunta. ¿Qué relata la radiografía?, los arcos superciliares, las tuertas patas de un arco iris —bienvenido al arco de la derrota—. ¿Se ha ido la emoción?, huesos frontales fraccionados, fresco a la maldita sea. Madre llora consonantes de hueso que traduzco hasta cercenar sus manos a horcajadas sobre unas últimas bocanadas de saliva.

W
[wolframio]

Por una oscura mariposa lo supe: entre tú y yo solo hay una losa numerada.

Pero allí estás, viejo, plano americano, motocicleta sepia aunque la recuerdo añil Suzuki aparcada en los extramuros del mundo, interminable sabana de un sur inclinado, heroicas tus fintas cretáceas con el monstruo de escamas verdes. Niño de cinco años registra con letra patuleca —*pero escribo ya, señor*— los fuetazos de la iguana contra tus rótulas. Y registro tus ronquidos de viejo que sueñas con tu viejo.

Xe
[xenón]

Explorando arterias del negro que somos, nostalgia del terror, las jeringas se sepultan en la sangre que la sostiene. Son tatuajes con médanos de aire bajo la piel: las palabras no dicen palabras en esta tu primera jornada en la muerte.

Nadie es la persona más importante, miliciano del río. Y *nadie* me llama precisamente ahora entre guijarros. Jamás pensé que así sería estar solo. Pero así es.

Zn
[zinc]

Embalo palabras, principia una noche de charla con mi padre muerto.

Porque esa sangre comunión de gargantas, esa sangre que emparentó ecos rupestres, esa sangre lugar de la apertura trasquilada consigue que reniegue de sus nombres estandarte: sangre que debería ser abolida como labios de heridas sacras, transmitida hacia auroras que se reordenen en un quirófano durante el terremoto. Miro esa sangre, aturdido, cuando desanudo sus escaras y descubro una galaxia de décadas extraviadas.

Sangre que nunca fue sangre. Sangre que nunca fue nada.

Zr
[circonio]

Porque los pavorosos triciclos planean su aterrizaje de emergencia, detienes detalles del mundo como el niño con un insecto que cerca en su palma siniestra.

En tu cuerpo es la una y te agotas, viejo, en un boquete de mi lengua. Me diste los palabros con que puedo abrazarte: llévatelos y equilibra el mundo con gutaperchas del tsunami, con urracas de azúcar. Esparce barbarie en nuevas sílabas: el poema como caja negra porque la bomba atómica es un poema, o al revés; tormenta excéntrica que nace para lo excéntrico.

El mundo a la diestra de los manuales de rotación, el silencio de tu llaga me dicta un huracán porque el silencio de tu llaga es.

Tanto se asemeja el clavo deseado al cuerpo que lo desea: la anarquía transita desde la madrugada. Y las quimeras me hacen desconfiar de la memoria, de sus estiletes de viento.

Me diste los palabros con que puedo escribirte. Llévatelos todos porque, un eco tras otro eco, el poema es caja negra que bisbisea, en los huesecillos de mi oído medio, la muerte como ese hogar que no alcanzo a reconocer.

Entre tú y yo no hay más una losa numerada, sino palabras
que embalo en un poema. Como el retorno de los halcones
de la memoria. Como turbulencia que nos lastra, viejo.

[2016-2020]



CONTENIDO

UNA CANCIÓN TRISTE QUE NO LO ES.	11
--	----

EL SUEÑO DE LA RAZÓN PERPETRA AFORISMOS

Al [aluminio].	19
Sb [antimonio]	21
Ar [argón]	22
As [arsénico]	23
Ba [bario]	24
S [azufre].	25
Bi [bismuto]	26
Bh [bohrio]	27
B [boro].	28
Br [bromo]	29
Ca [calcio].	31
C [carbono].	32
Cd [cadmio]	33
Ce [cerio]	34
Cs [cesio]	35
Cl [cloro].	36
Co [cobalto]	37
Cm [curio]	38
Cu [cobre].	39
Cr [cromo]	40
Db [dubnio]	41
Er [erbio]	42
Sc [escandio]	43
Sn [estaño]	44

QUIMIOTERAPIA

Fm [fermio]	49
F [flúor]	51
P [fósforo]	52
Ga [galio]	53
Ge [germanio]	54
Hf [hafnio]	55
He [helio]	57
Hs [hasio]	58
H [hidrógeno]	60
I [yodo]	61
Fe [hierro]	62
Ho [holmio]	64
In [indio]	66
Ir [iridio]	67
Y [itrio]	69
Kr [kriptón]	70
La [lantano]	71
Li [litio]	72
Mg [magnesio]	73
Mn [manganeso]	74

METÁSTASIS

Hg [mercurio]	77
Nd [neodimio]	78
Ne [neón]	79
Ni [níquel]	80
N [nitrógeno]	81
No [nobelio]	82
Au [oro]	83
Os [osmio]	84
O [oxígeno]	85
Pd [paladio]	86

Ag [plata]	87
Pt [platino]	88
Pb [plomo]	89
Po [polonio]	90
Pu [plutonio]	92

CASI UN POEMA

K [potasio]	97
Pm [prometio]	99
Ra [radio]	100
Rn [radón]	101
Re [renio]	102
Se [selenio]	103
Si [silicio]	104
Na [sodio]	105
Tl [talio]	106
Ta [tántalo]	107
Te [telurio]	108
Tb [terbio]	109
Ti [titanio]	110
Th [torio]	111
U [uranio]	112
V [vanadio]	113
W [wolframio]	114
Xe [xenón]	115
Zn [zinc]	116
Zr [circonio]	117



Rutilio Escandón Cadenas

GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Maritsa Concepción Maranto Zepeda

DIRECTORA GENERAL DEL CONECULTA CHIAPAS

Manuel Gerardo Gutiérrez Ortiz

COORDINADOR OPERATIVO TÉCNICO

César Augusto Trujillo Sánchez

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

CORRECCIÓN DE ESTILO | Liliana Velásquez
DISEÑO Y FORMACIÓN ELECTRÓNICA | Mónica Trujillo Ley



La edición de *Biopsia* blues estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones del Coneculta Chiapas. Se terminó de imprimir en noviembre de 2021 en Ediciones de la Noche en la ciudad de Guadalajara. Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 45 kg y la portada sobre cartulina *couché* de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Berkeley. Se imprimieron 500 ejemplares.

